



El general Lanusse, militar de la línea llamada liberal, que aguardaba la maduración de las circunstancias políticas para tomar el poder, llega por fin a la Presidencia de la República Argentina.

NUEVA VIA EN ARGENTINA

ENTRE los grupos militares que gobiernan, directa o indirectamente, muchos países del mundo, el argentino se había distinguido especialmente por su ineficacia. Es cierto que los gobiernos civiles anteriores, a partir de la fulgurante y demagógica experiencia peronista, habían fracasado en la creación de una estabilidad económica y, por lo tanto, en la consecución de la paz social; pero, precisamente, un régimen autoritario, duro, sólo puede justificarse a sí mismo compensando el secuestro de las libertades por un rostro de orden y una recuperación económica. No había sucedido así. Tampoco el peronismo había resuelto las contradicciones económicas del país en sus diez años de dictadura para-fascista, pero había dejado viva una estructura social que aún sigue funcionando, que está funcionando en estos momentos y, en el fondo, ha abierto esta última crisis: la organización de la clase obrera. Apoyado Perón en una prosperidad puramente adyacente —la que produjo la guerra mundial en la neutralidad argentina, entre 1945 y 1949—, pudo dar una excelente imagen de distribución de la riqueza: creó sindicatos, un partido de corte laborista, una clase obrera coherente recién nacida por la creación de industrias y, aunque teñido todo ello por el materialismo rosa de Eva Perón, se constituyó en auténtica fuerza que ha dado un

tono propio a la revolución argentina, distinta de las de otros países hispanoamericanos. Son posibles las huelgas, las huelgas generales revolucionarias. Dentro de los sindicatos, los importantes residuos peronistas se mezclan y colaboran con los distintos grupos comunistas o, simplemente, obreristas, y su intolerancia a la falta de resolución de los problemas económicos —el más visible: Argentina, gran suministradora de carne a todo el mundo, tiene restricciones de carne en su mercado interior— ha ido planteando las sucesivas crisis. Es preciso añadir otros factores importantes. En primer lugar, el Ejército no se presenta como un bloque unido, sino que hay, al menos, dos tendencias principales clásicas. Una de ellas, conservadora, cerrada y dura, sigue la línea tradicional marcada en la época del dominio español, mientras otra ha buscado en las ideologías de la independencia —la línea que emana de la Revolución francesa y se continúa con la declaración de independencia de los Estados Unidos como bases de la democracia— una especie de tendencia liberal. El otro factor está en las relaciones con los Estados Unidos, factor común a todos los problemas hispanoamericanos: el enfrentamiento entre el panamericanismo con cabeza en Washington y el nacionalismo que busca sacudirse la temible tutela.

El general Lanusse es un militar de la línea llamada liberal. Aun cuando sus tendencias no hayan sido generalmente respetadas, su figura se ha considerado siempre como clave, y se suponía que Lanusse esperaba la maduración de las circunstancias políticas para tomar por sí mismo el poder. Los acontecimientos de 1970 parecen responder a esa maduración, en el sentido de que la línea dura y proamericana se ha ido desgastando sucesivamente. 1970 ha tenido la truculencia de los secuestros, el del asesinato —oscuro— del general Aramburu y el de la caída de Onganía —a manos ya de Lanusse— para colocar en el altar del poder al general Marcelo Levingstone, que ahora ha sido simplemente descolocado —sería excesivo hablar de golpe de Estado— para que Lanusse acceda, por fin, a la Presidencia de la República. Levingstone —el duodécimo general en el poder— era también «legalista», vagamente liberal, pero se ha debido endurecer para enfrentarse con las agitaciones revolucionarias, de obreros y estudiantes, en Córdoba y Rosario, que en los últimos días ha revestido caracteres graves. El sacrificio de Levingstone es un acto ritual, no poco frecuentemente en el mundo —los recientes acontecimientos de Polonia, con el sacrificio de Gomulka y el ascenso del compositor Gierek, ofrecen una remota similaridad—, pero con un significado muy importante: el nuevo poder (o sea, el mismo poder con nombres y aspectos nuevos) pacta para evitar algo que le parece ya encima: una revolución. Pacta tácitamente. Ofrece ya la restauración de los partidos políticos y el parlamentarismo, la libertad de prensa, la legalidad constitucional. Aumenta los salarios obreros en casi un 20 por 100 —medida similar a la de Gierek— y desempolva antiguos políticos civiles con fama de honestos y apolíticos. ¿Es ya demasiado tarde? Hay quien cree que la revolución no puede contenerse con una democracia-ficción, a menos que ésta se apresure mucho —y no parece que Lanusse quiera acortar demasiado los plazos: las elecciones generales no se celebrarán antes de dos años— y tenga la habilidad de depositar los núcleos del problema económico en poderes sin rostro. En el «Manchester Guardian», de Londres, se escribe que la revolución con que «Che» Guevara soñaba para su país está ya en marcha; en el «Times», que los problemas económicos no tienen solución posible a menos de un cambio total de estructuras. El rostro democrático que adopta la Argentina es el que inspira una cierta moda en el subcontinente —y, cómo no, en el mundo—, pero, en su caso peculiar, no bastará sin un verdadero contenido democrático que tenga un sentido revolucionario, en el sentido de modificar enteramente las estructuras económicas y políticas del país; la alternativa es una revolución violenta o un estado de agitación permanente que destruya toda posibilidad de gobierno continuo y eficaz.

PAKISTAN: GUERRA CIVIL

PAKISTAN, como país, es un auténtico disparate. Entre las dos provincias que lo forman hay una distancia de 1.700 kilómetros —no se puede ir de un punto a otro del país sin atravesar el extranjero hostil— y la única forma de unidad es la religiosa. Lo crearon los británicos como solución a la eterna disputa entre hindúes y musulmanes —eterna disputa que la política colonial contribuyó a aumentar—, pero, más principalmente, para crear un perpetuo